



Mi tía Maribel

La conozco desde que nazco, y sin embargo no la conozco, no la veo como una persona concreta hasta veinte años después, cuando estamos cruzando juntos la Avenida Ciudad de Barcelona, donde yo vivía en aquel entonces y vivo de nuevo ahora, y la estoy acompañando hasta su coche pues ha venido a ver a su prima hermana más amada: mi madre, y es mi madre quien me ha pedido que la acompañe hasta el coche. Estamos cruzando la Avenida Ciudad de Barcelona y en el portal, mientras salíamos, ha debido de preguntarme algo acerca de mi vida, a qué me dedico o qué hago, y por supuesto yo no habré respondido que estudiar derecho, sino que le habré hablado de algún libro, el mismo al que ella se refiere luego, mientras cruzamos la Avenida Ciudad de Barcelona atravesándola como un río salvaje, ignorando el ritmo pretendidamente civilizado del semáforo. “Estoy muy orgullosa de que un sobrino mío se presente al premio Nadal”. Y entonces la miro y la descubro y aunque estamos cruzando por un lugar inadecuado y prohibido desaparecen los edificios y los coches, y hasta yo mismo, y la veo como es: inquieta, culta, valiente, cariñosa. Y ya será así para siempre, porque cuando pienso en ella ese es el primer pensamiento, el primer recuerdo que me viene a la cabeza, el que se ha clavado con tanta fuerza en mi memoria que nada podrá borrarlo (mientras tenga memoria).



Las tonterías y nimiedades de un presente en el que **la edad la convierte en un personaje secundario**

Hasta ese momento mi tía **Maribel** era un personaje secundario, la prima hermana favorita de mi madre, madre a su vez de la primera niña que me enamoró, mi bellísima prima **Raquel** (mi primera princesa), una señora dinámica casada con un señor dinámico y divertido: mi tío **Fernando Mena**, a quien era más fácil de ver pues mi relación con él no estaba afectada por la veladura de la sangre.

Fue mi tío Fernando, precisamente, el elegido por el destino para ser golpeado en su inteligencia rápida y divertida, un derrame o un ictus, no recuerdo, mermó su cerebro privilegiado. Y la vida de mi tía Maribel, Maribel Taylor, cambió a partir de aquel momento. “Deberías hacer un poco más tu propia vida y dedicarte menos a Fernando”, le aconsejó con su sabiduría inglesa mi madre, y ella respondió: “Mi vida es Fernando”. Y lo fue hasta que murió mi tío. Entonces ella, la brillante, la listísima, la impertinente, la incansable, la atractiva, la deliciosa y divina, se relajó. Dejó de atender a lo que pudiera suceder en el presente, excepto en contadas y puntuales ocasiones, y su hija, mi prima amadísima, me dice que repite una y otra vez lo mismo, que empieza a tener la cabeza perdida, y que cuando se lo intenta reprochar mi tía Maribel responde, genio y figura: “Siempre tuve mala memoria, así que de vieja más”. Pero no tiene mala memoria, sino que prefiere no desperdiciar su tiempo, el que le quede, con las tonterías y nimiedades de un presente en el que la edad la convierte en un personaje secundario, como lo era para mí de niño, y prefiere volver a esos momentos magníficos, de esplendor, que compartía con su marido Fernando, o con su sobrino **Javier** atravesando juntos una calle sin prestar atención a los semáforos. ■

www.javierpuebla.com